

lidad «rabiosa» que de entrada rechaza la penetración chapucera.

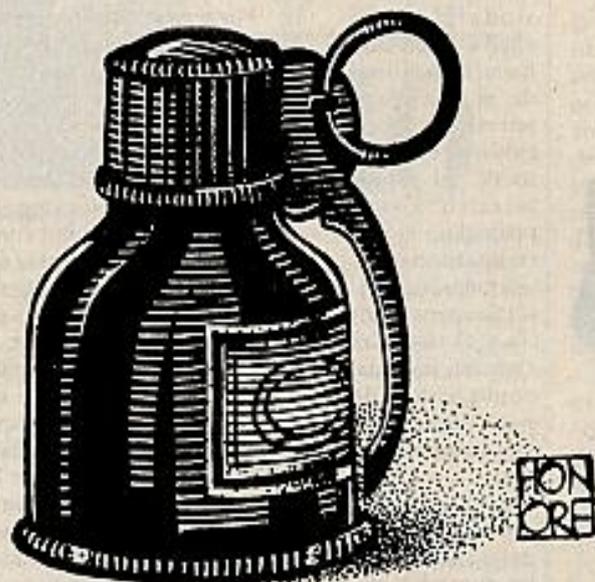
Frente a la sin duda más noble y sólida idea de cochambre de Caro Baroja, ésta de chapuza posee algunas ventajas nada desdeñables a la hora de competir ferozmente con el resto de las grandes interpretaciones fantásticas urdidas en los tres últimos siglos como consecuencia de este pertinaz estado de angustia por la decadencia patria. Es necesario reconocer, en primer lugar, que si bien no todo ha sido cochambre en nuestra historia, casi gada escapa a la tutela moral de la chapuza. Después está el apabullante casticismo que emana del término, a prueba de academias del bien decir, libros de estilo, puristas a la violeta y otros fieltos ideológicos de la lengua. Aunque la voz proceda del antiguo francés dialectal (*chapolis*: «tajo, pedazo de madera grueso, asentado al suelo o sobre una mesa, que se emplea en el trabajo del tonelero, etc.») muy pronto su uso se extendió en España, y sólo aquí, a lo moral y a lo abstracto. Surgió espontáneamente, popularmente, como vocablo único para nombrar la obra mal hecha, realizada con poco esmero, desaliñada, tosca, inacabada, provisional, etcétera. Por extensión, se aplicó también a los trabajos escasamente profesionales que se hacen libremente fuera de las horas de jornal. El caso es que la voz cobró desde antiguo un sentido genuinamente nacional, incapaz de ser reflejado con idéntica precisión por cualquier otra lengua civilizada, a pesar del parentesco en tercer grado, en tercera acepción, con el

famoso *bricolage* francés. Oficialmente y desde 1721, *chapucero* es el tipo que «hace las obras sin arte ni método, y las forma o remienda con fealdad y descompostura» (*Diccionario de Autoridades*). Mucho más que el *imperitus faber*, como es evidente.

Por ese lado no hay problemas, que hasta sabemos de la existencia en el Madrid de finales del siglo XVII de un Gremio de Chapuceros, separado del gremio de los Herreros y de los Carpinteros. No hacen falta muchas entendederas filológicas o psicoanalíticas para saber que cuando un pueblo produce de la nada y usa masiva, espontáneamente, una palabra de tal calibre semántico es que la realidad flotaba en el aire de lo cotidiano a la espera de un nombre. Que esta vez fue primero la cosa que el nombre de la cosa, con permiso de los discípulos numerosos de Cratilo.

Pero hay más. Está el asunto de la espléndida intraducibilidad de la chapuza. No hay vocablo en el mundo que se haya molestado en expresar la muy compleja idea de chapucería, esa difícil cualidad entre farfullera e ingeniosa, a veces catastrófica y otras genialoide; obra hecha deprisa y corriendo para salir del

paso, pero que en ocasiones logra resistir el paso de los siglos, a caballo entre lo improvisado y la tradición, que no se sabe muy bien si pertenece a los oficios de la historia o a las artes de la prehistoria. Una actividad que ni es ocio ni es negocio, ni lógica ni mágica, ni del todo peyorativa ni, claro es, favorecedora; que no pertenece al infierno del caos aunque tampoco al imperio del orden. Una cualidad humana, en fin, intraducible, que sólo tiene forma rotunda en lengua española, y digo yo que por algo muy nuestro será este privilegio/desgracia.



Me duele la chapuza

Pasado el examen de lo castizo y superada la reválida del inexcusable mito del carácter nacional por irrefutables procedimientos filológicos (qué más diferencialismo que el de la lengua) nos queda el grave doctorado del pesimismo. Tampoco desde esta perspectiva parecen existir graves problemas. Basta incorporar cínicamente la idea alegre de chapuza a la desmesurada y lacrimógena biblioteca que archiva todas las tristes ideas que han intentado explicar la decadencia española, desde el citado Juan Ginés de Sepúlveda hasta el tipo que mañana nos llorará en la Prensa con acento de Cánovas que esto no tiene remedio, para verificar que nuestra hipótesis también resiste las comparaciones más ilustres. Porque, en definitiva, tan «científico» resulta afirmar que España entró en declive por